



PASTORES A BELÉN, VENID ADORÉMOSLE

Cuento de Navidad

Escrito dominical, el 24 de diciembre

Aquella noche era muy oscura. Sólo las estrellas resaltaban en medio de la oscuridad. Los pastores pasaban la noche guardando sus ovejas y que no les faltara de nada en el redil. El fuego ardía para calentarse del frío que hacía. Era la noche del 24 de diciembre del año cero. Era una noche normal. Todo parecía lo de siempre.

Cuando la noche era más oscura, se fueron acercando al grupo de los pastores unos seres luminosos, unos ángeles que parecía que estaban locos de alegría. Sonaban instrumentos celestiales. Los ángeles cantaban y decían: «Paz en la tierra a los hombres que Dios ama. Dios nos cuida y tiene un corazón misericordioso».

El más bello de todos los ángeles dijo: «Recorred el camino que lleva a Belén. Poneos en camino. No descanséis hasta llegar a la meta. Vais a encontrar a un Niño más bello que el sol, en brazos de una madre joven y un hombre llamado José, tan bueno como el pan».

Los pastores cogieron lo poco que tenían: leche, queso y miel y se pusieron en camino. Salieron corriendo como una bala, sin darse cuenta de que los primeros copo de nieve caían sobre sus cabezas.

Los primeros que llegaron a aquella cueva vieron una luz que salía de aquél lugar, que una mula y un buey calentaban con su aliento. Un Niño al que el cariño y los besos de sus padres hacían plenamente feliz.

Cuando había llegado ya la mayoría, aquellos pastores fueron presentando, uno por uno, sus riquezas y sus presentes. Los alimentos básicos para que el Niño y sus padres pasaran los primeros días, hasta marchar a su pueblo... decían algunos que venían de Nazaret. Pero alguno se atrevió a decir: «Claro que de Nazaret nunca ha salido nada bueno». «¡Calla –contestó otro– que los profetas decían que de los de anawin es el Reino de los Cielos, de los pobres que tienen a Dios como Rey, es la vida verdadera».

Fue una gozada. A aquella madre y a aquél padre se les veía felices. En el portal se hizo la primera fiesta de la vida. Había nacido en el mundo la luz que vence a la oscuridad. Algunos pastores bailaban de alegría. Se les veía contentos y sin prisas. Como unas castañuelas cantaban y bailaban. Eran felices con su Rey. Recordaban lo que les dijo el ángel: «Os traigo una buena noticia, os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor». Luego se fueron por donde habían venido, contentos y felices, a cuidar a sus ovejas. La vida cambia cuando nos encontramos con Jesús.

Iban alegres cantando, aquella noche les había crecido a los pastores como dos alas que les hacían volar y velar en la noche. Eran las alas del amor y de la libertad. Volvieron con sus rebaños. Cuidaron cada vez mejor a sus ovejas, porque sabían de las necesitaban para alimentar a los niños, para dar de comer al hambriento y, sobre todo, sabían que tenían que contar a todo el mundo que la Luz de Aquél Niño sigue iluminando a los peregrinos el camino de la vida.

Fue la primera Navidad de la Historia. Hoy sigue naciendo Jesús en medio de guerras y conflictos y el Príncipe de la Paz se llama Amor.

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
Primado de España